

Fracassa. Desde la marcha de usted no he bajado á tierra sino el domingo último, y podía bajar tranquilo, porque antes había enviado á casa todo mi dinero del mes; había cobrado sesenta y nueve francos y envié á mi mujer sesenta y cinco.

»He tenido noticias de Toulven; todos están bien. Periquillo está ya muy desentumecido y sabe correr. Es un poco travieso, y en casa todo lo tira patas arriba. La obra de nuestra casa tiene ya más de dos metros de altura. Mucho me alegraré cuando esté concluida y si le veo á usted instalado en su cuartito.

»Querido hermano: usted me encarga que piense en usted; juro que no se pasa una hora sin que le recuerde alguna vez, y aun muchas veces en una hora.

»No puedo decir á usted con seguridad el día de nuestra marcha; pero suplico á usted que me escriba á Orán. Se dice que allí nos pagarán para que podamos ir á tierra á comprar tabaco.

»Concluyo, querido hermano, enviando á usted, con todo mi corazón, un abrazo. Su hermano cariñoso que le quiere siempre,

IVES KERMADEC.

»P. D.—Si tengo bastante dinero en Orán, haré gran provisión de tabaco; sobre todo para usted, de aquel que se parece al tabaco de los turcos y que usted fuma de tan buena gana.

»El mayordomo me ha entregado para usted una servilleta; la última que usted usó en la mesa. La he lavado, y al lavarla la he roto un poco.

»El cuaderno que usted me dió para escribir mis historias, quedó destrozado en la borrasca. Querido hermano, le abraza á usted otra vez con todo el corazón,

IVES KERMADEC.

»A bordo todo sigue lo mismo, y el comandante no ha perdido la costumbre de gritar por la limpieza del puente. Hubo una gran disputa entre él y el segundo jefe, pero ya se han arreglado.

»Quiero decir á usted que dentro de siete u ocho meses creo que tendré otro chiquillo. No crea usted que esto me alegra mucho, porque vamos un poco de prisa.—Su hermano, *Ives.*»

LXXV

Las cartas de Ives vienen al Oriente á buscarme; esas cartas, en su sencillez, me traen hasta aquí perfumes, ya lejanos, de las comarcas bretonas.

Mucho se alejan mis recuerdos de Bretaña. Ya los veo pasar como á través de las neblinas del sueño; sueños me parecen los escollos conocidos de allá abajo, los fuegos de la costa, el cabo de Finisterre con sus inmensas rocas sombrías, las cercanías peligrosas de Ouessant en las tardes de invierno y el viento que corría bajo el cielo triste á la entrada de las noches de Diciembre. Desde aquí todo eso me parece la visión de un país negro.

¡La pobre chocita de Toulven! ¡Qué humilde era! Hallábase perdida al borde de un camino bretón. Pero aquella era la comarca de los inmensos bosques de hayas, de las rocas oscuras, de los líquenes y los musgos; de las antiguas ca-

pillas de granito. Aquí, arena y minaretes blancos, bajo una bóveda muy azul, y después el sol, el hechicero eterno.

LXXVI

CARTA DE IVES

Brest 10 de Septiembre de 1881.

«Querido hermano: Participo á usted que han desarmado *La Sèvre*; la hemos enviado ayer á la dirección, y para decir la verdad, no lo siento.

»Me propongo permanecer algún tiempo en tierra, en el cuartel; también (como nuestra casita no está aún muy adelantada, ya lo comprende usted) mi mujer ha venido á establecerse conmigo en Brest, hasta que la *finca* esté acabada. Me parece, querido hermano, que usted creará que hemos hecho bien. Esta vez hemos alquilado un cuarto casi en el campo, en Recouvrance, al lado de Pontaniou.

»Querido hermano: yo diría á usted que Periquillo ha estado muy enfermo de un cólico por haber comido muchas *moras* del bosque en la tarde del último domingo que estuvimos en Toulven; pero ya pasó. Se está haciendo muy mono, y me paso las horas muertas jugando con él. Por las tardes salimos á pasearnos los tres; nunca salimos sino juntos, y después, cuando entra uno, los otros dos también entran.

»Querido hermano: si pudiera usted volver á Brest, no nos faltaría ya nada. Usted me vería como soy ahora, y creo que quedaría usted contento, porque nunca he estado tan tranquilo.

»Celebraría yo embarcarme con usted otra vez, hermano mío, ó caer en un buque que fuese allá abajo, del lado de Levante, para ir á encontrarme con usted. Sin embargo, aseguro á usted que deseo seguir en la vida que llevo ahora; pero esto no será posible, porque soy demasiado dichoso.

»Termino enviando á usted un abrazo con todo mi corazón. Periquillo envía á usted sus respetos. Mi mujer y todos mis parientes de Toulven me encargan dé á usted expresiones. Tienen todos muchos deseos de ver á usted; y aseguro que yo también. Su hermano,

IVES KERMADEC.»

LXXVII

Toulven, Octubre, 1881.

¡Otra vez la pálida Bretaña al sol de Otoño!

¡Otra vez los antiguos senderos bretones y las hayas y las malezas! Creía yo haberme despedido de este país por mucho tiempo, y vuelvo á encontrarle con extraña melancolía. Mi regreso ha sido brusco, inesperado, como lo son siempre los regresos y las partidas de los marinos.

Hermoso día de Octubre, sol templado, vaporillos ligeros y blancos esparcidos como un velo por toda la campiña. Adviértese por todas partes la majestuosa tranquilidad que caracteriza los últimos días buenos; ya se aspiran olores de humedad y de hojas caídas, y perfumes de otoño saturando la atmósfera. Estoy en los bosques conocidos de Tremeulé, en la altura desde la cual se domina toda la comarca de Toulven. A mis pies el estanque, inmóvil bajo los vapores que descienden; á lo lejos horizontes de arboledas es-

pesas como debieron serlo en los antiguos tiempos de las Galias.

Los que están allá, cerca de mí, sentados entre las mil florecillas de las malezas, son mis amigos de Bretaña; mi hermano Ives y Periquillo, su hijo.

Algo tiene de mío ahora este país de Toulven.

Hace muy pocos años esta tierra era completamente extraña para mí; el mismo Ives, á quien ya daba yo el nombre de hermano, significaba muy poco en mi vida. Los aspectos de la existencia varían; todo llega, y se transforma, y pasa.

¡Hay tantos brezos que desde lejos parecen una alfombra rojiza! Aún tienen flores las tardías escabiosas en lo más alto de sus tallos largos; y los primeros turbiones que han sobrevenido han dejado el suelo cubierto de hojas muertas.

Era cierto lo que Ives me había escrito: se había hecho muy juicioso. Había sido colocado en un buque de estación en Brest, y esta circunstancia parecía asegurarle una permanencia de dos años en su país. María se había instalado con él en el barrio de Recouvrance, esperando su casita de Toulven, que iban levantando con mucha lentitud, con paredes espesas y sólidas, á la antigua usanza.

La mujer de Ives había acogido como una bendición de Dios mi regreso inesperado, porque mi presencia en Brest, cerca de ellos, la tranquilizaba mucho.

¡Ives se había hecho muy juicioso; así, sencillamente, de pronto, sin que se supiese qué circunstancias decisivas habían operado aquel cambio; costaba mucho trabajo creerlo! María me hablaba de esa felicidad presente con miedo; aludía á ella como á esas cosas mudables, fugitivas, que teme uno desvanecer con sólo nombrarlas.

LXXVIII

Un día, el demonio del alcohol tornó á pasar por su calle. Ives volvió á su casa con aquella mirada mala é insegura que tanto asustaba á María.

Era un domingo de Octubre. Llegaba de á bordo donde, según decía, había sido castigado injustamente: Ives se había fugado de su prisión.

Parecía furioso; el cuello azul completamente desgarrado, la camisa del todo abierta.

María intentó hablarle con dulzura, quiso calmarle. Era precisamente un día hermoso. Hacía un tiempo de fin de otoño, que tiene cierta melancolía apacible, parecida al último descanso antes del invierno. Habíase engalanado María con su falda hermosa y su gola bordada; había puesto á Periquillo los trapitos de cristianar, esperando que saldrían los tres á tomar aquel sol hermoso y templado. Por la calle pasaban numerosos parejas con sus trajes del domingo, que se dirigían á los caminos ó á los buques, lo mismo que en primavera.

Pero no, nada importaba todo eso; Ives había ya pronunciado las horribles palabras de sus momentos de bestia: «Me voy á buscar á mis amigos.» Se había concluído.

Entonces, conociendo que su cabeza se desvanecía por el dolor, la pobre María quiso intentar un recurso supremo; mientras Ives miraba á la calle, había cerrado la puerta, dando dos vueltas á la llave, que guardó en el justillo. Pero Ives, que comprendió lo que María acababa de hacer, comenzó á decirla, baja la cabeza y sombríos los ojos: «Abre, abre... ¿No me oyes? Te digo que abras.»

Intentó sacudir la puerta... algo le impedía romperla... cosa que habría podido hacer fácilmente. Pero no; Ives quería que su mujer, que la había cerrado, viniese ella misma á abrirla. Y daba vueltas en el cuarto como animal salvaje, repitiendo siempre:

—¡Abre! ¿Me oyes? ¡Te digo que me abras!

De la calle subían á la estancia los alegres ruidos del domingo. Las mujeres, con sus cofias inmensas, pasaban del brazo de sus amantes ó de sus maridos. El sol puro de otoño los alumbraba con su luz tranquila.

Ives pateaba y seguía diciendo en voz muy baja: «Abre... ¡te digo que me abras!»

Era la primera vez que María intentaba detenerle por fuerza; comprendía que aquella tentativa saldría mal, y comenzaba á tener un miedo horrible. Sin mirar á su marido, María se había arrodillado en un rincón del cuarto y rezaba en voz alta y muy de prisa, como loca. Parecía que se aproximaba un momento terrible, y que lo que sucedería ahora iba á ser más espantoso que cuanto antes había ocurrido. Periquillo, de pie, abría mucho sus ojazos negros y profundos; no sabía de qué, pero también tenía miedo.

—¿Conque no? ¿No quieres abrirme la puerta?
¡Ah! Yo la arrancaré... Ya verás.

Una sacudida hizo temblar el pavimento; oyóse después un ruido sordo y horrible. Ives había caído al suelo cuan largo era. El agarrador por donde había querido coger la puerta había quedado entre sus manos, arrancado de cuajo, y entonces había caído violentamente hacia atrás, sobre su hijo, cuya cabecita había chocado con uno de los morrillos de la chimenea...

¡Ah!... Se verificó entonces un cambio repentino. María dejó de rezar; se levantó, dilatados y feroces los ojos, para arrancar su hijo de las manos de Ives, que quería levantarle. Periquillo había caído sin gritar, sobrecogido al ser golpeado por su padre; corría sangre por su frente, y no decía nada. María, estrechándole siempre contra su pecho, sacó la llave del justillo y abrió de par en par la puerta. Ives la contemplaba, asustado á su vez. María retrocedió y le dijo gritando: «¡Vete, vete, vete!»

¡Pobre Ives!... Ahora vacilaba y procuraba comprender lo ocurrido. Ya no quería aquella salida que se le presentaba ahora; tenía un vago presentimiento de que franquear aquel dintel tendría consecuencias funestas. Después, aquella

sangre que veía en el rostro de su hijo y en su golita... Sí; Ives comprendía, quería acercarse á María y á su hijo. Pasaba la mano por la frente conociendo que estaba ebrio, y realizando esfuerzos grandísimos para explicarse lo que sucedía... Pero no, no podía; no comprendía nada; el alcohol, los amigos que le esperaban abajo... No sabía más. María continuaba repitiendo: «¡Vete, vete, vete!»

Ives entonces dió media vuelta, salió á la escalera y partió.

LXXIX

—¡Calle! ¿Es usted, Kermadec?

—Sí, señor Kerjeán.

—¿Y para embarcarse?

—Sí, señor Kerjeán.

—Pues creía yo que se había usted casado. Alguien de Paimpol, el bueno de Lisbate, si no me equivoco, me contó que era usted padre de familia.

Ives se encogió de hombros con aire de indiferencia, y dijo:

—Si necesita usted gente, señor Kerjeán, me convendría embarcarme con usted.

No era la primera vez que este capitán Kerjeán contrataba á los desertores. Comprendió en seguida. Sabía cómo se les toma y después cómo se les lleva. Su barco, *La Bella Rosa*, que navegaba con bandera americana, salía al día siguiente para California. Ives le convenía. Era una adquisición excelente para su negocio.

Aisláronse ambos para bosquejar, en voz baja, su contrato bilateral.

Esto sucedía en el puerto del Comercio dos días después de haber salido Ives de su casa.

La víspera había ido á Recouvrance, rozando con las paredes, para adquirir, sin ser visto, noticias de su hijo. Habíale visto, desde lejos, con la frente vendada y mirando pasar la gente asomado á la ventana. Entonces, suficientemente tranquilizado, había retrocedido para buscar á sus amigos: aún le duraba la borrachera.

Aquella mañana, al nacer el día, había despertado Ives sobre un cobertizo del muelle, donde sus amigos le habían acostado. La borrachera había pasado por completo. Seguía el mismo

tiempo fresco y puro de Octubre; los objetos conservaban su aspecto de siempre, como si nada ocurriera; Ives pensó con enternecimiento en su hijo y en María, pronto á levantarse para ir en su busca y pedirles perdón. Necesitó pensar un momento para acordarse de todo y comprender que estaba perdido para siempre.

¿Volver á su lado ahora? ¡Oh! Nunca. ¡Qué vergüenza!

Por otra parte, el haberse escapado del buque tenía ya señalado grave castigo; el haber permanecido como desertor tres días... aquello no tenía ya remedio. Adoptar aún las mismas resoluciones mil veces tomadas; hacer otra vez las mismas promesas; pronunciar de nuevo las mismas palabras de arrepentimiento... ¡Oh! ¡No! ¡Basta, basta! Pensar en esto le hacía sonreír sombríamente de compasión y de asco.

Además, su mujer le había dicho ¡vetel! ¡vetel... Ives lo recordaba bien, como recordaba la mirada de odio que le lanzó María cuando le señalaba la puerta. No importaba que lo hubiese merecido; Ives, habituado á ser en su casa dueño y señor, nunca podría perdonar aquello. María le había arrojado de casa; corriente: él había partido, seguiría su suerte... y su mujer no volvería á verle.

Esta reincidencia, esta nueva caída era para el pobre Ives más odiosa y más repugnante después del hermoso pasado de paz honrada, durante el cual había comprendido y adivinado una vida más elevada y más digna; esta recaída en la abyección parecía algo de fatal y decisivo. Advirtió entonces que estaba cubierto de polvo, de barro, de desperdicios inmundos, y comenzó a limpiarse levantando la cabeza que, poco á poco, adquirió al despertar expresión desdefiosa y dura.

¡Haber caído como un bruto sobre su hijo y haberlo herido hasta en su pobre frentecita! Él mismo se consideraba un miserable muy repul-sivo.

Rompía las paredes de una caja que vió inmediata á él, y á media voz, después de haber dirigido una mirada instintiva para cerciorarse de que estaba solo, se dirigió á sí mismo las más odiosas injurias del vocabulario de los marineros.

Ahora estaba de pie, con su aspecto altivo y antipático.

¡Desertar! ¡Si algún barco pudiera llevarle en seguida! No debe de ser difícil hallar uno; justamente había muchísimos aquellos días en los muelles. ¡Oh! sí, sí; desertar á toda costa; desertar para no volver nunca.

La determinación había sido tomada con una voluntad implacable. Dirigíase hacia los barcos erguido, con la cabeza alta, con la tenacidad bretona pintada en los ojos medio cerrados y en sus fruncidas cejas.

—Nada valgo, se decía á sí mismo; lo sé, lo sabía: han debido dejarme solo. He hecho cuanto he podido; pero soy de este modo, y no tengo la culpa.

Acaso tenía razón: *no era suya la culpa.*

En aquel momento era irresponsable; cedía á influencias lejanas y misteriosas que llevaba en su misma sangre. Padecía la ley de la herencia de una familia y de una raza.

LXXX

A las dos de aquel mismo día, después de cerrado el trato, compró Ives las ropas de miembro de la marina mercante, y después de haber cambiado clandestinamente de traje en una taber-

na del muelle, subió á bordo de *La Bella Rosa*.

Se puso á recorrer el barco, que le pareció casi desmantelado; tenía aspecto de rudeza salvaje; parecía, sin embargo, sólido y fuerte, labrado para la carrera y para los peligros del mar.

Comparado con los buques de guerra, aquél era pequeño, corto y, sobre todo, vacío; parecía abandonado, casi nadie había á bordo; aun en el anclaje esta soledad oprimía el corazón. Tres ó cuatro truhanes había allí, paseando sobre el puente, que parecían toda la tripulación y que iban á ser los únicos compañeros de Ives, quizás por muchos años.

Comenzaron por mirarse unos á otros antes de hablarse.

Todo el día persistió el mismo hermoso tiempo templado y tranquilo, esta especie de verano melancólico de fin de estación que inspiraba recogimiento. La calma recordaba á Ives lo irrevocable de su resolución. Le enseñaron su armario; pero Ives no tenía casi nada que poner en el tal armario. Lavóse bien con agua fresca y se arregló con cierta coquetería el traje nuevo; ya no era la librea del Estado, que tantas veces le había parecido parda; sentíase libre, desligado de todos sus antiguos lazos, casi tanto como lo estaría por

la muerte. Obstinábase en gozar de su independencia.

La Bella Rosa debía partir á la marea de la mañana siguiente.

Ives preveía de lejos la vida de mar que comenzaba de la manera que tanto tiempo había deseado. Muchos años hacía que estaba persiguiéndole constantemente este pensamiento de desertar; ahora el pensamiento se había realizado. El haber adoptado esta resolución le elevaba á sus propios ojos; el hallarse fuera de la ley le engrandecía; ahora que era desertor no se avergonzaba de volver á presentarse á María, y él mismo se decía que tendría el valor necesario para ir á su casa aquella noche antes de partir á los mares para llevarle el dinero que había tomado.

En ciertos momentos, cuando el semblante de su Periquillo pasaba ante sus ojos, el corazón se le desgarraba horriblemente; aquel barco silencioso y vacío le causaba el mismo efecto de un ataúd en que él mismo, vivo todavía, hubiera venido á encerrarse; se ahogaba; una ola de lágrimas intentaba salir del corazón á los ojos; pero él con su voluntad la comprimía y pensaba en otra cosa; rápidamente se ponía á charlar con sus nuevos camaradas. Hablaban de la manera de

maniobrar con tan poca gente ó del juego de las grandes poleas que habían sido colocadas por todas partes para suplir los brazos de los hombres y que, en su opinión, hacían muy pesado el aparejo de *La Bella Rosa*.

Bien entrada la noche Ives fué á Recouvrance y subió sin hacer ruido hasta la puerta de su casa.

Escuchó un poco antes de abrir; nada se oía; Ives penetró tímidamente.

Encima de la mesa había una lámpara encendida. Periquillo estaba solo y dormido. Ives se inclinó hacia aquella cuna de mimbres que parecía el nido de un pajarillo y puso sus labios muy suavemente sobre los de su hijo para sentir una vez más aquella respiración dulce; después se sentó próximo á la cuna y permaneció tranquilo, á fin de recobrar la serenidad para cuando regresara María.

LXXXI

María le había visto venir, y temblorosa había subido detrás de su marido.

En aquellos dos días había tenido tiempo suficiente para mirar de frente todos los aspectos de la desgracia.

No había querido ir á preguntar á otros marineros, como suelen hacer algunas pobres mujeres de desertores, si Ives había vuelto á bordo. Nada sabía de su marido, y esperaba apercibida para todo.

Acaso no volviese; aun para esto, como para lo demás, estaba preparada María; se asombraba ella misma de pensar en esto con tanta serenidad. En este caso, su determinación estaba tomada; nunca volvería á Toulven, para no ver su pobre casita comenzada, para no oír todos los días á sus padres maldecir el nombre de Ives. No; allá abajo, en la comarca de Goëlo, vivía una anciana muy parecida á Ives, y cuya fisonomía

tomaba en los recuerdos de María Kermadec infinita dulzura. Llamaría á la puerta de aquella anciana. Esta sería indulgente para con Ives, porque era su madre. Ambas podrían hablar sin odio del ausente; allí vivirían las dos abandonadas, juntas, y cuidarían del pobre Periquillo, reuniendo los esfuerzos de las dos para conservarle, para evitar, al menos, que fuera marino.

Además, creía que si alguna vez, acaso transcurridos muchos años, Ives, desertor, quería acercarse á los suyos, sería allí, en aquel apartado rincón de la tierra, en Plouherzel, donde buscaría su reposo.

María, durante la noche anterior, había soñado la vuelta de Ives: ocurría esto muchos años después; María misma estaba ya vieja. Ives llegaba á su choza de Plouherzel de noche, viejo también, muy cambiado, miserable... y pedía perdón. Detrás de Ives habían entrado Goulven y Gildas, sus hermanos, y *otro Ives*, más alto que todos ellos, con la cabellera del todo blanca, y que arrastraba con sus piernas franjas inmensas de ovas y de algas marinas. La anciana los recibía con su mirada dura, y preguntaba con voz sombría:

—¿Cómo es que todos estáis aquí? Mi marido

debió de morir en el mar hace ya más de sesenta años. Goulven está en América... Gildas en su nicho del cementerio... ¿Cómo es que estáis todos aquí?

María entonces habíase despertado sobrecogida por el terror, comprendiendo que estaba rodeada de muertos...

Pero aquella noche Ives tornaba vivo y joven; María reconoció en la calle su talle erguido y su paso firme. Al pensar que iba á verle y que su suerte iba á decidirse, todo su valor y todos sus proyectos habíánla abandonado. Temblaba cada vez más al subir la escalera. Acaso Ives habría pasado dos días á bordo y regresaba como de costumbre, y todo iba á tener sencillo arreglo, como otras veces. Deteníase la pobre en cada pedanao para pedir á Dios, en rapidísima oración, que fuese verdad esto.

Cuando María abrió la puerta, Ives estaba allí, en efecto, sentado cerca de la mesa y contemplando á su hijo dormido.

El pobre Periquillo dormía con un sueño apacible y tranquilo; aún llevaba en la frente la venda que le cubría el sitio donde el morrillo de la chimenea le había herido.

En el momento de entrar, pálida, latiéndola el

corazón tan violentamente, que la hacía daño, conoció que Ives no había bebido alcohol; había dirigido hacia ella los ojos, y su mirada era clara; después los había bajado de prisa y continuaba inclinado hacia su hijo.

—¿Se lastimó mucho? preguntó á media voz, lentamente, y con una tranquilidad que sorprendía y hacía daño.

—No; fui á buscar al médico para que lo curase. El médico dijo que no le quedaría señal alguna. Él ni siquiera ha llorado.

Después permanecieron allí, mudos, uno enfrente de otro; él, sentado cerca de la cuna; ella, de pie, pálida y temblorosa. No se aborrecían; acaso se amaban aún; pero ahora lo irreparable estaba hecho, era ya demasiado tarde. María miraba el traje de Ives, que nunca le había visto: una blusa de lana negra y un gorro de lienzo. ¿Qué significaba aquel traje? ¿Y qué contenía aquel paquete, cerca de Ives, en el suelo, y de donde salía una punta del cuello azul? Aquel paquete parecía contener los vestidos de marinero, abandonados para siempre, como si el verdadero Ives estuviese muerto.

María se atrevió á preguntar:

—¿Volviste á bordo el otro día?

—No.

Nuevo silencio. María se sentía á cada momento más angustiada.

—En estos tres días, ¿no has vuelto á bordo, Ives?

—No.

María entonces no tuvo valor para seguir hablando, temerosa de comprender algo terrible; queriendo detener los minutos, esos minutos llenos de angustias y de incertidumbres, pero en los que él estaba allí todavía, acaso por última vez, á su lado.

Al fin, la pregunta terrible brotó de sus labios:

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Desertar.

¡Desertar! Sí, sí, era lo mismo que María había adivinado al ver las nuevas vestiduras de Ives y su traje de marinero cuidadosamente doblado y envuelto en un pañuelo.

María retrocedió abrumada por el peso de aquella palabra hasta apoyarse, con las manos colocadas detrás, en la pared; le parecía que se alejaba. ¡Desertor Ives! ¡Perdido!

En su cerebro pasaba el recuerdo de Goulven, su hermano, y la idea de los mares lejanos, de donde los marineros no vuelven nunca. Y como

la pobre mujer reconocía su impotencia contra aquella voluntad que le aplastaba, quedó anonadada.

Ives le hablaba muy bajo, con calma sombría, señalando el paquete de sus efectos, que había dejado en el suelo:

—Toma, mi pobre y querida María; mañana, cuando mi barco haya partido, devuelves esto en seguida; ya comprendes... ¡Quién sabe!... si voy preso, siempre es más grave llevarse estos efectos que pertenecen á la nación. Ahora, aquí tienes el dinero que me han adelantado de mi sueldo... Regresaréis á Toulven... ¡Oh! Yo te enviaré dinero desde allá abajo, todo lo que gane; ya comprendes, yo poco he de necesitar. No volveremos á vernos; pero tú no serás demasiado desdichada mientras yo viva.

Ella, la infeliz, quería rodearle con sus brazos, detenerle con toda su fuerza; luchar, agarrarse á él cuando quisiera marcharse, dejarse arrastrar antes por las escaleras, y hasta por las calles... Pero no; había algo que la impedía hacer esto: primeramente, el convencimiento de que sería inútil todo; después su dignidad, allí, delante de su hijo dormido... María permaneció apoyada en la pared, inmóvil y muda.

Ives había dejado cerca de él, en la mesa, doscientos francos en monedas de plata. Eran sus sueldos adelantados; todo cuanto le quedaba después de pagado su pobre vestido de marino mercante. Miraba á María con una mirada profunda, muy dulce, y enjugaba en su manga de lana las lágrimas que corrían por sus mejillas. Pero aquello era cuanto tenía que decirle. Llegaba el instante supremo. Se inclinó una vez más, la última, sobre la cuna de su hijo; después enderezó su cuerpo y se levantó para partir.

LXXXII

¡El mar del coral!—¡Es en los antípodas de nuestro antiguo Continente! Nada más que lo azul inmenso. Alrededor del buque que se desliza dulcemente, el mar infinito despliega un círculo perfecto. La extensión brilla y refleja bajo el eterno sol.

Allí está Ives, solo, mecido muy arriba, en